

## Comunidad de la Palabra<sup>1</sup>

Al final de la mayor parte de las visitas canónica, el visitador suele hacer algunas observaciones edificantes acerca de la necesidad de la oración. Inclínamos la cabeza sabiamente y hacemos algunos vagos propósitos. ¿Se tiene la impresión de que lo que está en juego es cómo esos huesos secos pueden revivir?

Cuando nace un niño, sus padres comienzan a hablarle inmediatamente. Mucho antes de que pueda entender, el niño es alimentado con palabras, bañado y tranquilizado con palabras. Su madre y su padre no hablan a su hijo para transmitirle informaciones. Le están hablando para despertarle a la vida. Se humaniza en ese mar de lenguaje. Poco a poco será capaz de encontrar un lugar en el amor que comparten sus padres. Se va desarrollando hacia una existencia humana.

También nosotros somos transformados por inmersión en la Palabra de Dios dirigida a nosotros. No leemos la Palabra para buscar información. La consideramos, la estudiamos, la meditamos, vivimos con ella, la comemos y la bebemos. "Queden grabadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy. Se las repetirás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes" (Dt 6,6). Esta palabra de Dios actúa en nosotros, nos hace humanos, nos trae a la vida formándonos en esa amistad que es la verdadera vida de Dios. Como escribía Jordán a Diana en su carta de Navidad en 1229: "Esta palabra léela en tu corazón, rúmiala en tu mente y que ella ponga tu boca dulce como la miel. Que permanezca en ti y habite siempre contigo"<sup>2</sup>.

Unos amigos míos adoptaron a un niño. Lo encontraron en la sala de un gran hospital en Saigón, huérfano de la guerra vietnamita. Durante los primeros meses en la sala del hospital nadie había tenido tiempo para mirarle ni hablarle. Creció incapaz de sonreír. Pero sus padres adoptivos le hablaban y le sonreían, con una amorosa dedicación. Recuerdo el día en que sonrió por vez primera. La Palabra de Dios nos alimenta para que revivamos, para que seamos humanos e incluso capaces de devolverle la sonrisa a Dios. Una comunidad que ofrece vida es aquella en la que encontramos esta palabra de Dios atesorada y compartida. No basta con decir más oraciones. Pueden sofocarnos, sobre todo cuando se dicen a gran velocidad. Cuando Santo Domingo oraba, disfrutaba de la palabra de Dios "saboreándola en su boca, tal y como era, y gozaba recitándola para sí mismo" (quinto modo), como quien degusta un buen vino francés. San Alberto Magno dice que "necesitamos ser alimentados con frecuencia por la dulzura (una vez más dulcedo) de la palabra de Dios"<sup>3</sup>.

A medida que el niño es alimentado con las palabras de sus padres va haciendo el descubrimiento terrible y liberador de que no es el centro del universo. Detrás del pecho hay una madre. No todo está a sus órdenes. Se descubre a sí mismo como parte de la comunidad humana. En la conversación de nuestros padres descubrimos un mundo al que podemos pertenecer. Así, del mismo modo, somos nutridos con la palabra de Dios, somos conducidos a un mundo más amplio. El buen pastor que vino para que tengamos vida, y en abundancia, es el que abre la puerta para que podamos salir y encontrar amplios espacios. En la oración hacemos un éxodo, más allá del caparazón de nuestra insignificante obsesión por nosotros mismos. Entramos en el amplio mundo de Dios. La oración es una "disciplina que me impide dar por supuesto que soy el centro de un pequeño universo, y me permite encontrarme, perderme y volver a encontrarme en el entretejido de modelos de un mundo

---

<sup>1</sup> En "Promesa de Vida 'Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia' (Juan 10,10)", 25 de febrero, Miércoles de Ceniza 1998, Fr. Timothy Radcliffe, O.P.

<sup>2</sup> JORDÁN DE SAJONIA, Carta 41 (en la Navidad), l.c., p. 86.

<sup>3</sup> ALBERTO MAGNO, Sermón, en *Recherches de Théologie Ancienne et Médiévale* 36, 1969, p.109.

que yo no hice y que yo no controlo"<sup>4</sup>. El niño madura en la conversación de sus padres y descubre que no está solo. Del mismo modo, nosotros somos también atrapados en la amistad de Dios y curados de la obsesión por nosotros mismos, comenzando a vislumbrar el verdadero mundo. Yeats escribió: "Hemos alimentado el corazón de fantasías, y el corazón se ha vuelto salvaje"<sup>5</sup>. La oración cura nuestro corazón de fantasías. Santo Tomás dice que "la oración dominical sirve de norma a todos nuestros afectos"<sup>6</sup>. Pidiendo que se haga la voluntad de Dios y que venga su Reino remodelamos nuestro corazón.

Liberados de nuestras fantasías auto-obsesivas y adentrados en el más amplio mundo de Dios, descubrimos que los demás sufren violencia y tristeza. Fr. Vicente de Couesnongle hablaba de "la contemplación de la calle". Para Santo Domingo, los afligidos y oprimidos "forman parte de 'contemplata' en 'contemplata aliis tradere'... El doloroso conocimiento que abre la mente y el corazón de Domingo a la contemplación, permitiéndole experimentar con una imponente indefensión el dolor y las necesidades de su prójimo, no puede explicarse simplemente por ciertos imborrables recuerdos del dolor que presencié, ni por su simpatía natural"<sup>7</sup>. Es, dice Paul Murray, una "herida contemplativa". Por eso la vida contemplativa está en el centro mismo de toda búsqueda de un mundo justo. La contemplación nos hace capaces de ver desinteresadamente.

---

<sup>4</sup> R. WILLIAMS, *Open for Judgement*, (Londres), p.120.

<sup>5</sup> "Meditations in time of Civil War" *Collected Poems* (London 1969), p. 230.

<sup>6</sup> TOMÁS DE AQUINO *Suma de teología*, II-II, 83, 8.

<sup>7</sup> P. MURRAY OP "Dominicans grounded in Contemplative experience", Conferencia en River Forest, Chicago, junio 1997.